

EL RASTREO EN LA HISTORIA INSULAR CANARIA DE *EL GIRO REAL*, DE ELFIDIO ALONSO

FRANCISCO JUAN QUEVEDO GARCÍA
UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

El «giro real» es un término propio de las peleas de gallos, con él se define al gallo “variopinto, el amarillo fundamental tiene toques verdosos, manchas coloradas en las alas, cuyas guías son blancas, la cola negra, como las espuelas. Exponente de buena raza. Es una especie poco corriente”.¹ El escritor tinerfeño Elfidio Alonso titula con este término la narración merecedora del premio de novela «Prensa Canaria» del año 1982. En este relato actúa el espectáculo de las peleas de gallos como un motivo literario sorprendente -pleno de toda su crudeza y de la festiva algarabía que produce-, así como de nexos entre las historias que se nos cuentan, unas historias que perfilan desde la ficción algunos de los datos más veraces y significativos de la realidad insular canaria.

Dos líneas se van sucediendo en el proceso novelesco. Una de esas líneas toma como protagonista a un trasunto de José de Viera y Clavijo, una de las personalidades descolantes del panorama cultural del archipiélago canario. El novelista recrea algunos de los momentos que marcaron su vida, como aquel en el que se establece la determinación de partir de Canarias hacia otro espacio más prometedor, o menos acuciante, que el que encarna el espacio de las islas:

Era un hermoso barco, sin duda. Más allá, frente a la llamada huerta de Ventoso, se encontraba una corbeta, también de bandera inglesa, aunque no logró descifrar su nombre. Es

«El Suceso», y el capitán se llama Diego Park, le dijo Valentín, que pareció haber leído sus pensamientos, sentado frente a él, en el otro poyo de la ventana.

Por aquella puerta de la isla se habían marchado muchos «giros reales», cansados de predicar en el desierto y de soportar todas las vejaciones habidas y por haber. O tal vez se fueron simplemente en busca de notoriedad y fama. ¿Qué hubiese ocurrido con los Iriarte, si se llegan a quedar en la isla? ¿Y el joven Clavijo y Fajardo, que tenía su apellido y también procedía de La Orotava? Él era también un «giro real», sin falsas modestias, aunque la mayoría de sus incultos paisanos no opinasen de la misma manera.

Tal vez si hubiese sido un mediocre o un entreguista, carente de escrúpulos, o uno de esos que cambia de ideales según las conveniencias... hoy hubiese estado en un puesto de privilegio, ganando plata a manos llenas. Sí; no había otro remedio que tomar las de Villadiego y marcharse de las islas. Estaba decidido.²

El narrador mete el dedo en una llaga secular en el devenir de Canarias: el afán por emigrar, bien sea por razones socioeconómicas, políticas, o personales. Sea en un caso o en otro, la historia de Canarias se ha visto jalonada en numerosos momentos por el fenómeno de la emigración, en general como una consecuencia extrema de la situación de malestar de sus habitantes. Elfidio Alonso emula el pensamiento de José de Viera y Clavijo, un pensamiento de hace casi dos

siglos donde se revela el inconformismo con la sociedad que lo rodea, así como su denuncia: “Él era también un «giro real», sin falsas modestias, aunque la mayoría de sus incultos paisanos no opinasen de la misma manera”.

Reaparece el vocablo «giro real» en la novela, y lo hace asociado a José de Viera y Clavijo, caracterizándolo, dotándolo de las marcas del buen hacer y de un arrojo demostrable, en esta ocasión, en la decisión de su marcha: “Sí; no había otro remedio que tomar las de Villadiego y marcharse de las islas. Estaba decidido”.

Esa marcha conlleva un espacio que el novelista nos presenta metafóricamente: “Por aquella puerta de la isla”. ¿Cuál es esa “puerta” por la cual se cruza y que se repite a lo largo de los años? El puerto, el mar, los barcos, que se han convertido, desde esa óptica, en el punto de mira deseado de innumerables canarios, animados por una idílica imagen de América -el casi invariable destino al que se pretende llegar-, y por los rigores que padecen en su tierra, como le ocurre a Pablo, otro de los personajes de *El giro real*, sobre el que se estructura el panorama literario de la emigración:

Dame tiempo, necesito unos días para preparar al viejo Roque, que es en verdad el que ha hecho de padre del chico en todos estos años. El pasaje para Venezuela no es fácil de conseguir, porque hay mucha demanda y los dos últimos barcos se han perdido.

Y mi padre le prometió que hablaría con un gestor de la Villa que

¹ Alonso, E., *El giro real*, Barcelona, Argos Vergara, 1983, pp. 213 y 214.

² *Ibid.*, pp. 163 y 164.

se dedicaba al negocio de «embarcar gente» [...] con los armadores haciendo su agosto, salieron millares y millares de emigrantes de La Palma, en barcos como «El Serrucho», «La Carlota», «El Platanito» y muchos otros que llegaban al centenar. Gentes que vendían sus «cachos» de tierra para poder costear el precio del pasaje, tres veces más barato que el de un buque de línea regular. Otras veces se recurría a los prestamistas, que entregaban las cinco mil pesetas del pasaje a cambio de recibir diez mil cuando se cumpliera el plazo de un año. Si no el emigrante perdía la finca o lo que hubiese entregado como garantía.

En torno a la emigración clandestina de los canarios se había creado, por los años 40, una auténtica mafia de explotadores, muchos de ellos con importantes conexiones oficiales. Por eso, a pesar de la vigilancia que ejercía el patrullero «Marte» por las costas de las islas, las llamadas «lanchas rápidas» podían entrar fácilmente con el contrabando. También los motoveleros, con su carga humana, rara vez encontraban impedimentos para salir de las aguas del Archipiélago.

Sólo el chivatazo directo a la Guardia Civil, casi siempre provocado por los mismos cabecillas del negocio, obraba los efectos de impedir el embarque, la captura de los aventureros y la imposición de multas a los hombres de paja de los armadores y traficantes.³

Elfidio Alonso profundiza en los entresijos que rodeaban la emigración canaria, concretamente, en la que se lleva a cabo tras la Guerra Civil. Nos relata el narrador algunas de las vicisitudes que se derivaban de esa riada migratoria que, sin ni siquiera parar en la condición de la clandestinidad, se impulsaba de Canarias hacia América. Detalles significativos, al respecto, son los que aluden a las activida-

des de los prestamistas -"que entregaban las cinco mil pesetas del pasaje a cambio de recibir diez mil cuando se cumpliera el plazo de un año"-, o de los delatores de los viajes que se iban a realizar -"Sólo el chivatazo directo a la Guardia Civil, casi siempre provocado por los cabecillas del negocio"-. Estos hechos inciden en una cuestión: la dificultad que conllevó el acto de la emigración canaria. Los datos históricos sobre ello son abundantes, desde bibliografía científica, con una investigación documentada, a composiciones literarias orales, como esta copla que vemos en uno de los epígrafes de *El giro real*:

*Dicen que en Cuba es de noche cuando es de día en Arico; desde aquí velo tu sueño, desde ahí velas el mío.*⁴

A este epígrafe lo continúa una explícita narración:

Esta copla de 1927 está inspirada en esas cinco horas que se le ganan a la vida, cuando el emigrante canario llega a las costas americanas de Cuba o Venezuela, y luego las pierde si alguna vez consigue retornar a sus lares. De un cascarón como el «Arroyo», que tardó más de cuarenta días en el viaje, a aquel flamante y poderoso «jet» supersónico de «Viasa», que era capaz de convertir el día en la noche en cosa de pocos segundos, como si se corriera una cortina.

*Pablo regresaba a las islas tras treinta años de ausencia. Sentado cómodamente en su butaca de primera clase, leía y hojeaba el grueso flete de páginas de «El Universal», al tiempo que degustaba su güisqui preferido, marca «Ancestor», que le había servido una gentil y guapa aeromoza. Retornaba Pablo a La Palma sin saber con certeza qué iba a encontrar en su tierra natal.*⁵

⁴ *Ibid.*, p. 165.

⁵ *Ibid.*, pp. 165 y 166.

Escoge muy bien Elfidio Alonso el epígrafe. Esa copla alusiva al espacio temporal existente entre Canarias y Cuba es explicada por el autor, el cual precisa cómo desaparece esa diferencia geográfica y horaria en el momento del regreso, "si alguna vez consigue retornar a sus lares". Y a partir de ahí, de nombrarnos esa vuelta al lugar del que se parte, nos trae como ejemplo a Pablo, un hijo bastardo de un potentado palmero que había marchado hacia América, ahuyentado por el desprecio, y en busca de una posición económica similar a la que ostentaban su padre y su hermanastro, con la confianza de también igualarse socialmente a ellos.

Y lo consigue, convirtiéndose en otro de los indios enriquecidos que vuelven a su isla con los estigmas del nivel económico que han alcanzado en América. El novelista se hace eco de esos estigmas: "butaca de primera clase", "degustaba su güisqui preferido, marca «Ancestor», que le había servido una gentil y guapa aeromoza". Rasgos que asocian a Pablo -este emigrante de *El giro real*- a un bienestar que no disfrutaba cuando salió de La Palma rumbo a Venezuela; este hecho se concreta con una esclarecedora comparación: "De un cascarón como el «Arroyo», a aquel flamante y poderoso «jet» supersónico de «Viasa», que era capaz de convertir el día en la noche en cosa de pocos segundos, como si se corriera una cortina".

Ha habido un cambio en su posición personal y social, y eso lo hace notar Elfidio Alonso con las referencias concretas que hemos detallado. Pero, además de señalar ese cambio que lograron muchos emigrantes -no todos, por supuesto-, se recalca la presencia de un aspecto fundamental en la emigración: el regreso. El narrador nos dice que "Retornaba Pablo a La Palma sin saber con certeza qué iba

³ *Ibid.*, pp. 125-128.

a encontrar en su tierra natal”, y lo hace “tras treinta años de ausencia”. Se connota en el texto la convivencia en el emigrante de los dos espacios connaturales: aquel espacio del cual parte, al que espera regresar, transitoria o definitivamente, para contemplar lo que ha cambiado: las casas, sus familiares, sus amistades...; y aquel otro espacio en el que reside, el cual le ha proporcionado unas señas que ya también son suyas. Un espacio en el que se encarama la obsesión del regreso, como también le ocurre a José de Viera y Clavijo, el protagonista de la otra historia que se alterna en *El giro real*:

¿Cómo podía explicarse aquel poderoso y súbito deseo que le venía aquejando? Regresar, regresar, regresar a las islas, se repetía continuamente. Claudicaba el «giro real», tal vez porque era un gallo viejo y añoraba el corral nativo. ¿Y echar por la borda todo lo conseguido en Madrid con tantos sacrificios? [...] «... conozco (y casi no conozco otras personas) las principales señoras de la Grandeza y señores a quienes debo singular distinción y afecto. El gran mundo ha sido hasta ahora el que he tratado. Pero, «Preterit enim figura bujus mundi»: esto se puede desvanecer como una sombra; y metido en mi filosofía canaria, voy a pensar únicamente en irme luego a nuestras peñas a morir de modorra, y unir mis huesos a los de los Guanches, en las cuevas de sus sepulcros» [...] «Eché de ver la extrema necesidad que tenían las Islas Canarias de una historia; y he comenzado a publicarla sin más apoyo que el de mi constante tesón, ni otro fomento que los estímulos de unos pocos amigos [...] es el caso que voy a participar a V. S. cómo el Rey se ha servido nombrarme, a consulta de la Cámara, en la dignidad de arcediano de Fuerteventura, de esa capital. Espero que V. S. no se admire de esta mi osada resolución, de resti-

*tuirme con honor a esas tristes peñas [...] Aunque la renta no es mucha, hay sin embargo buenos pájaros, y se puede comer mucho dulce. Con este acomodo en nuestra tierra, me propongo una vejez tranquila y oscura.*⁶

Elfidio Alonso proclama la ansiedad del retorno de su personaje con la reiteración de un elemento que lo señala: “Regresar, regresar, regresar”. Y de nuevo, para afianzar este cuadro del regreso constante en la literatura canaria de la emigración, relaciona a su personaje con los gallos de pelea, animales y espectáculo en los que se sustenta esta narración: “Claudicaba el «giro real», tal vez porque era un gallo viejo y añoraba el corral nativo”.

Nos descubre también el escritor en este texto el anhelo del arcediano de Fuerteventura de restituirse a la vida de “esas tristes peñas”: “una vejez tranquila y oscura”, en unas islas que en su periplo fuera de ellas no ha olvidado. Al contrario, consciente de la necesidad de “una historia” para evitar su desconocimiento, escribe las *Noticias de la Historia de Canarias*, una de sus grandes obras junto al *Diccionario de Historia Natural*.

Uno de los logros de esta novela de Elfidio Alonso es el de proporcionarnos una visión literaria de la vida de una personalidad con miras tan lejanas como las que poseía ese «giro real», como es denominado en la obra José de Viera y Clavijo. Aunque no se queda ahí esa visión. La continúa el contraste de ese mundo del siglo XVIII isleño centrado en su persona, en las dificultades que atravesó -como la que promovió el Santo Oficio- o en los lugares que lo conocieron, como La Laguna, Madrid o Las Palmas de Gran Canaria.

Elfidio Alonso recrea algunos acontecimientos de su vida con el

tamiz de lo literario por medio, sin que ello obstaculice para ver la panorámica histórica que nos ofrece en su novela, una panorámica que se acrecienta con las alusiones a ese trabajo insoslayable en la investigación histórica de Canarias que es las *Noticias de la Historia de Canarias*, del cual entresacamos este fragmento:

1. Estado de La Gomera al principio del siglo decimosexto

Cuando murió el primer Adelantado de las Canarias, ya don Guillén Peraza, su pupilo, su entenado y rival, poseía como señor y gobernaba como soberano las islas de La Gomera y El Hierro, patrimonio de Fernán Peraza, su malogrado padre. Pero su hermana doña Inés de Herrera, ¿no debía haber llevado parte de estos bienes a don Pedro de Lugo, su marido? La misma serie de esta historia nos hará conocer que no había en el estado verdadera vinculación; y quizá por eso empezó don Guillén su brillante carrera en el mundo, disputando con los Adelantados.

*A la verdad, era espectáculo digno de atención que, al mismo tiempo que la señora Bobadilla hacia temblar toda La Gomera, gobernase la isla de Tenerife en ausencia de don Alonso de Lugo, su marido presidiese en persona los ayuntamientos y nombrase justicias para la buena administración del señorío territorial de sus menores. Consta de los libros capitulares de la ciudad de La Laguna. ¿Y qué era esto sino una corta represalia de lo que el conquistador de La Palma y Tenerife había ejecutado en La Gomera?*⁷

El estilo de Viera y Clavijo es ágil, se centra en los hechos que nos descubre, pero lo hace basándose en la caracterización de los personajes, y en la potenciación del interés, de

⁷ Viera y Clavijo, J. de, *Noticias de la Historia de Canarias*, tomo II, Madrid, Cupsa Editorial, 1978, p. 11.

⁶ *Ibid.*, pp. 182-184.

la expectativa que quiere crear en el lector. De ahí las interrogaciones. No nos cuenta lo sucedido con la impronta de la afirmación tajante, sin dar ningún pie a que los lectores puedan interpretarlo. En cualquier caso, los alerta al razonamiento, a encontrar no una historia plana, únicamente sustentada en una sucesiva exposición de datos.

En las *Noticias de la Historia de Canarias* nos encontramos con un interés narrativo que favorece la lectura despojándola de la aridez que en otros textos históricos se establece. Viera entendió muy bien la necesidad de escribir sus *Noticias* como lo demuestra la excelente acogida que se le dispensó a la obra: "Viera comenzó a sentirse profeta en su tierra el 7 de febrero de 1792. Su «Historia» corría de mano en mano sin ninguna clase de censura, con laureles y loas para su autor".⁸ Asimismo entendió, quizás por su experiencia religiosa, que su trabajo debía ser claro, ameno e interesante, como se desprende de su prosa, que nos deja un regusto literario que Elfidio Alonso aprovecha muy bien en su narración. Hablábamos hace un momento del interés que suscitan las páginas de la *Historia* de Viera; este aspecto, este recurso, también es notable en *El giro real*. Veamos lo que, al respecto, comenta Jorge Rodríguez Padrón:

Sea por parte del narrador, sea por algún personaje de la novela, las anécdotas de Pablo Miranda o de Viera y Clavijo, reales o imaginadas, se cuentan siempre con la soltura y con la eficacia de un relato oral, de un relato en estado puro. Una palabra sustancialmente narrativa la de Elfidio Alonso en El giro real, que introduce las digresiones oportunas en el momento oportuno y que convierte la intriga (de forma espontánea tam-

*bién) en atractivo imprescindible para mantener la tensión novelesca de un discurso que se mueve siempre con su ritmo justo.*⁹

El giro real es una novela integradora, en el sentido de que es capaz de enlazar situaciones diferentes, vividas por personajes diferentes, y desarrolladas en épocas diferentes. Es un trabajo de orfebrería narrativa el que ha tenido que realizar el autor lagunero para que todas esas situaciones no campen a sus anchas por el libro, sin someterse a un equilibrio asentado coherentemente.

Como ocurre en todo ejercicio de equilibrio, existe un eje sobre el cual basculan los elementos que se suspenden; en *El giro real* lo asume el mundo de los gallos de pelea. No cumple, en modo alguno, sólo el papel de una referencia etnológica, cultural, que se ha ido difuminando, como tantas otras, en nuestro ámbito insular. Los gallos representan el poder, la distinción en la sociedad isleña, en el caso de Pablo Miranda -cuyo «giro real», tras asesatar "un puñalón seco e inesperado que dejó al colorado con toda la golilla del pescuezo salpicada de sangre",¹⁰ simboliza la definitiva victoria social y personal del hijo bastardo sobre el legítimo. Mientras que en el caso del personaje de Viera y Clavijo, los gallos evidencian la represión de ciertos organismos oficiales, como la Santa Inquisición, a través de la incapacidad para reconocer este espectáculo violento como una costumbre popular arraigada, a la que el arcediano era tan aficionado. Es también la oportunidad para restallar un enfrentamiento que implica una conciencia mucho más amplia de las

⁹ Rodríguez Padrón, J., *Una aproximación a la nueva narrativa en Canarias*, Santa Cruz de Tenerife, Excmo. Cabildo Insular de Tenerife, 1985, p. 138.

¹⁰ Alonso, E., *op. cit.*, 1983, p. 203.

circunstancias históricas que concurren en el archipiélago:

*Ese frayle del convento de San Miguel de las Victorias, ¿cómo se llama?, sí, Fray Juan Martín, parece que le está allanando el camino al personero y al Santo Oficio. Me contaron que en el sermón del pasado miércoles se dedicó a criticar las peleas de los gallos. Y eso no es todo: por lo que me dijo alguien que siguió muy de cerca el libelo, parece que Fray Juan Martín dirigió dardos envenenados a esta tertulia, por considerar que nuestro artículo inserto en la Gaceta sobre los gallos, había sido dictado por los comerciantes de Santa Cruz. ¿Qué os parece, señor marqués?, pregunta Viera y Clavijo [...] ¿Cómo es posible razonar sobre una pretendida crueldad y salvajismo de los canarios, por el mero hecho de que acudan los domingos y festivos a los tinglados para presenciar tan inocente y sano entretenimiento? ¿Dónde está la crueldad, si los animales luchan por instinto natural, en defensa de un imaginario territorio o en pugna por unas hembras que se encuentran en otro lugar? [...] Es lo que yo le dije el otro día, interviene nuevamente el marqués. Los canarios somos vasallos de cuarta clase, en relación con otras colonias del Imperio*¹¹

El capítulo del cual entresacamos este fragmento es toda una propuesta de aprehensión de la idiosincrasia de los canarios a través de la figura de Viera y Clavijo y de la simbología de los gallos de pelea, como lo había hecho Elfidio Alonso en su anterior novela, *Con los dedos en la boca*,¹² a través del silbo gomero. Gesta una postura crítica, propia de la generación literaria en la que se inscribe, la narrativa canaria de los años setenta. Su crítica repara en el trato diferente

¹¹ *Ibid.*, pp. 40-48.

¹² Alonso, E., *Con los dedos en la boca*, Madrid, Taller de Ediciones Josefina Betancor, 1976.

⁸ Alonso, E., *op. cit.*, 1983, p. 186.

que ha recibido Canarias en relación a otras zonas del territorio español, así como en el propio comportamiento de sus habitantes vinculado a pugnas internas y a una apatía de gestos y acciones. Es obvio el tono reivindicativo que se nos presenta, un tono reivindicativo que enlaza con la condición de literatura comprometida que se llevó a cabo en la citada generación narrativa de los setenta.

Tras ser proclamado ganador de la tercera edición del «Premio de Novela Prensa Canaria», manifestaba Elfidio Alonso sobre *El giro real*: «Es una novela fieramente canaria, hecha por Canarias».¹³ Sus palabras corroboran lo que se advierte con claridad en la obra, sus protagonistas animan a la constante reflexión sobre el ser de las islas. Sigamos con la disputa generada en torno a la conveniencia o no de la celebración de las riñas de gallos de pelea, que nos conduce a otros presupuestos de índole general:

Si demostramos que los combates de gallos están autorizados en España y en América, el personaje no se atreverá a prohibirlos aquí en las Islas, remata don Juan Antonio de Franchy.

No os hagáis demasiadas ilusiones, dice el abate Viera, que sigue corrigiendo y añadiendo notas marginales al manuscrito de réplica a Fray Juan Martín. Revuelve el resto de su chocolate con la cucharilla de plata. No es la primera vez que allá autorizan algo y luego lo prohíben en las Islas. Como ha dicho el señor Marqués, y yo comparto tan aguda ocurrencia, es como si Madrid nos mirase como a súbditos de infima clase. Y a esto debemos añadir la fea costumbre que tenemos los canarios de pelearnos los unos con los otros. Quizá por eso nunca nos han tomado en se-

rio. Si estuviésemos unidos, otro gallo cantarí...

Es posible que no nos atiendan porque somos distintos, dice Don Tomás. A veces lo pienso, aunque parezca una herejía. Es algo muy parecido a lo que ocurre con los gallos, donde las mezclas y los cruces de castas dan el resultado de una especie nueva.

El gallo canario, dice con cierta ironía el abate Viera.¹⁴

El compromiso del escritor con Canarias va unido a un compromiso literario. No sería justo ni cierto valorar *El giro real* por las múltiples visiones de aquello que ha conformado nuestra realidad actual, un acervo que nos caracteriza y nos identifica. Es éste un logro palpable, como lo es asimismo la manera en que llegan a nosotros esas visiones. La preocupación formal del novelista lo lleva a una estructuración bien diseñada, sobre la base de la alternancia de las dos historias principales que se nos cuentan, amén del manejo de una prosa ágil que recoge multitud de expresiones populares, y, en concreto, un extenso repertorio técnico sobre los gallos de pelea, pertinentemente aclarado en el léxico de las peleas de gallos que se encuentra al final del libro.

En el trabajo de recreación novelesca que se formula en *El giro real*, ocupa un papel importante la inclusión de textos históricos en la narración, con frecuencia distinguidos por unos cuadros que nos precisan su procedencia y nos señalan que, aunque incluidos en el propio discurso narrativo, corresponden a otras obras y a otros autores. Funcionan estos textos como notas al margen que nos ayudan a entender mejor lo que se nos cuenta en las anécdotas que protagonizan Pablo Miranda y Viera y Clavijo.

En un pasaje de la novela, al referirse a la Inquisición, se detiene el narrador en la contemplación por parte de Viera de unas pinturas en las que se mostraban dantescas ejecuciones dictadas por el Santo Oficio. Para completar la mirada a ese episodio del ayer en Canarias, recurre a la *Historia de la Inquisición en Canarias* de Agustín Millares Torres. Éste es el texto que Elfidio Alonso encuadra en su novela:

«El tormento más común era el que llamaban de la cuerda, que consistía, cuando era ordinario, en atar las manos al paciente a su espalda con el extremo de la cuerda que colgaba de una polea, fija en el techo. Subíase luego al reo hasta donde permitía la altura de la bóveda, y en seguida se le soltaba, dejándole caer de improviso, pero sin que tocara sus pies el suelo. Este juego se repetía dos o tres veces, hasta que todas las articulaciones de la víctima quedaban fuera de su lugar, y el nudo que sujetaba la cuerda tocaba al hueso. El extraordinario no tenía más diferencia, sino que en cada uno de los pies del reo se ataba un peso de cincuenta libras, lo que proporcionaba el placer de verle espirar reventado, en medio de los más horribles dolores»¹⁵

En los textos elegidos por Elfidio Alonso para afianzar un relato veraz, hallamos una gran variedad. Desde esta reproducción escabrosa de sesiones de tortura realizadas por la Inquisición entresacada de un libro de historia, hasta recortes de prensa de *El Tribuno* y *El Día*, de Las Palmas, y de *La Prensa*, de Santa Cruz de Tenerife; pasando por una recopilación de piezas populares, como canciones y décimas, que sacan a la luz aspectos de una cultura singular derivada del mestizaje. Como piensa el novelista, «Canarias es un poco

¹³ *La Provincia*, Las Palmas de Gran Canaria, 16 de diciembre de 1982, p. 1.

¹⁴ Alonso, E., *op. cit.*, 1983, p. 48.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 131 y 132.

como el giro real, en donde una pluma nos llega de Irlanda, otra de Francia, otra de España y otra de Latinoamérica".¹⁶

Este pensamiento se desprende de la lectura de un relato que nos habla de tradiciones, las cuales se asentaron con el vaivén de las idas y venidas que tenían al archipiélago como salida, llegada, o como escala en las travesías atlánticas. Una de esas tradiciones es, como ya hemos observado, la de los gallos de pelea; otra, mostrada al filo del nexo narrativo que conforma la representación de esos gallos, es la de los verseadores, personas con un ingenio excepcional que son capaces de crear la poesía improvisadamente, dando lugar a controversias que son auténticos paradigmas del arte popular. El narrador nos apunta detalles de esa tradición:

*Cuando llegamos al patio, casi sin resuello -Pablo quiso echarme una carrera a todo meter, desde el pino viejo hasta la Casa de Gallos-, vimos al viejo Roque hablando con Enrique el calabacero, y con Bernardo el de Juana, uno de los mejores verseadores del pueblo. En la última fiesta, Pablo y yo nos pasamos horas enteras escuchando la agarrada que tuvo Bernardo con Ramiro «el Cubano», en el mostrador del quiosco de la plaza. Ninguno de los dos se daba por vencido en el duelo de las décimas guajiras, aunque para mí fue Bernardo el que tumbó al Cubano.*¹⁷

Y para constatarla, nos enseña

un ejemplo de ese arte de versear que, extendido por las tierras de habla hispana, tuvo una gran vigencia en Canarias, sobre todo en la isla de La Palma -uno de los espacios centrales de *El giro real*-, vigencia que se mantiene hoy en día en distintas zonas del continente americano, como ocurre en Cuba. Ésta es la décima profusificada por Elfidio Alonso:

Ramiro «el Cubano»:

Este señor que ha cantado no tiene conocimiento; yo lo afirmo y no les miento y no me siento enfadado.

A mí no me ha molestado aunque crean lo contrario; lo considero adversario de poca categoría.

¡Lo digo con alegría como canta el campanario!

Bernardo el de Juana:

*La campana no es alegre cuando despide a los muertos; ese que canta es un tuerto en el reino del pesebre. No hay burra que no celebre con rebuznos sus paridas, eso es cosa bien sabida desde El Paso a Tzacorte. ¡También el burro consorte canta mucho y desafina!*¹⁸

El giro real demuestra un marcado interés por sustraer de la historia de Canarias una serie de hechos y de figuras que la caracterizan: la emigración, el regreso, Viera y Clavijo, los gallos de pelea, las décimas, la tertulia de Nava, la Inquisición, etc. Muchas instantáneas del universo isleño se aglutinan en torno a esta ficción novelesca de

Elfidio Alonso, el cual aporta una imagen unitaria de identidad cultural que ha encarnado, especialmente, su personaje de Viera y Clavijo como el actor idóneo. Sus palabras, además de un testimonio, son la prueba culminante de que *El giro real* es una novela que cree en la existencia de ese universo:

Valentín le preguntó si no tenía pensado retornar a Tenerife. El arcediano, como ya era costumbre, le contestó con evasivas. Puedo coger el falucho aquí, y mañana comerme unas buenas cabrillas en Garachico. Estamos a tiro de piedra, como quien dice. Y la visión del Teide desde esta isla es prodigiosa. De verdad que no siento mucha necesidad de hacer ese viaje, porque aquí respiro el mismo aire y me siento tan canario como en mi casa natal del Realejo o en la calle Real de La Laguna. Y el azaigo, el tasayo o el tártaro son iguales a los de Tenerife o a cualquiera de las otras islas [...] Mañana os acompañaré a Telde. Allí siguen celebrándose las riñas de gallos. Vienen gentes de todos los pueblos de la isla, y se forma un mercado importante. Sé de una persona que tiene buenos y afamados gallos. Puedo conseguir un buen ejemplar. Así podréis llevarlo a Tenerife para que luche en vuestro partido y haga crías. Ya es hora, amigo Valentín, de que tengamos en Canarias nuevos «giros reales», hechos con los castíos de todas las islas. Es la única forma que tenemos para lograr la unidad y poder alcanzar el apogeo de nuestra propia especie...¹⁹

¹⁶ *La Provincia*, Las Palmas de Gran Canaria, 16 de diciembre de 1982, p. 1.

¹⁷ Alonso, E., *op. cit.*, 1983, pp. 75 y 76.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 76 y 77.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 190 y 191.